

nas (1). Acabábase de ejecutar al famoso Mandrin; los Parisienses compusieron una canción sobre el rey de Prusia, en que le comparaban á un contrabandista: se le llamó el *Mandrin coronado* (2). La invasión de la Sajonia, sin declaración de guerra y en plena paz, era una suerte para sus enemigos. Daba una apariencia de legitimidad á la intervención de Francia y de Suecia: ¿no eran garantes de la paz de Westfalia? Y ¿no había violado Federico esta paz, así como el derecho de gentes, invadiendo un Estado del imperio? El rey de Prusia no lo creyó así, y la posteridad es de su opinión. Sabemos cuáles eran los designios de la coalición: lejos de tender al mantenimiento de la paz de Westfalia, hubiera conducido á su destrucción.

Si á los ojos de los coaligados Federico era un *Mandrin*, por su parte el rey acusaba á sus enemigos de bandolerismo. Cedemos la palabra al héroe de la guerra de los siete años. En medio de los horrores de aquella lucha sangrienta escribió folletos para levantar la opinión pública contra sus adversarios. En la *Carta de un Suizo á un noble Veneciano* se lee: "Si se conviene en que *Cartouche* y su cuadrilla han muerto inocentemente, podría excusarse lo mismo la acción de vuestros políticos, que quieren repartirse entre sí los Estados de un príncipe que excitan su codicia y su envidia. Pero si es verdad, como no dudaráis, que la justicia debía matar á *Cartouche* y sus compañeros, para impedir las muertes, las rapiñas y los robos, os veréis obligados á confesar que los que, ocupando puestos ilustres cometen el mismo crimen, merecen el mismo castigo. Sea una asociación de bandoleros oscuros que cometen algunas muertes y despojan algunos particulares, sea una alianza adornada de los nombres más augustos cuyo objeto es devastar la Europa por medio de la guerra para despojar á un príncipe que no tiene más aliado que sus propias fuerzas, ¿no es la misma cosa? Si alguna diferencia existe, es que siendo de mayores consecuencias la acción de los políticos, es más atroz por las desgracias y calamidades que caen, no ya sobre algunos individuos ó sobre algunas familias, sino sobre pueblos ó naciones enteras," (3).

(1) *Carta circular de la corte de Francia á sus ministros en las cortes extranjeras (Vida privada de Luis XV, t. III, p. 142).*

(2) CAPEFIGUE copia la canción, *Luis XV, c. XXXIII*.—*Cf. BARBIER, Diario, t. IV, p. 158.*

(3) *Obras de FEDERICO, t. XV, p. 133.*

Así pues, Federico II, según los Franceses, era un *Mandrin* y merecía la horca; y según el rey de Prusia, Luis XV y Maria Teresa con todos sus aliados eran dignos de la rueda, tanto como *Cartouche* y su cuadrilla. Puesto que los príncipes se llamaban entre sí bandidos, ¿por qué no ha de decir la historia que todos tenían razón? Puede excusarse la invasión de Sajonia; pero ¿cómo la conquista de la Silesia? ¿No es una hazaña que bajo el punto de vista de la moral debe ser colocada al nivel de las de *Mandrin*? En cuanto á los proyectos de los coaligados, ¿no tenía razón Federico en censurarlos como si fueran latrocinios? ¿Qué derecho tenía Luis XV para repartir la Prusia? Maria Teresa podía, con justicia, reivindicar la Silesia; pero ¿con qué derecho quería destruir la monarquía prusiana? ¿Necesitamos preguntar cuál era el de Rusia, Suecia y aquella turba de príncipes alemanes que se vendieron á sí y á sus súbditos á Francia? Y si prescindimos del derecho para considerar el interés, entonces injuriaríamos á los *Mandrin* y á los *Cartouche* comparándolos con los soberanos coaligados contra el rey de Prusia. Los bandidos saben, al menos, por qué roban y matan, mientras que sería muy difícil explicar cuál era el interés de Francia, de Rusia y de los príncipes de Alemania en la guerra de los siete años. Sería preciso decir que los unos obraban sin derecho ni razón, y los otros al revés del sentido común. Hemos apreciado la política de Francia y la conducta de los príncipes del imperio. Nos falta preguntar aún á la zarina de Rusia por qué derramó la sangre de sus pueblos en las espantosas carnicerías de la guerra de los siete años.

§ IV.—La Rusia.

La Rusia representa un papel importante en la guerra de los siete años. La alianza de la zarina con la emperatriz-reina fué causa de que Federico rompiera las hostilidades. Por grande que fuese la animosidad de Maria Teresa contra el rey de Prusia, no se habría comprometido en la guerra de los siete años si Rusia hubiese permanecido fiel á su alianza con Inglaterra. Puede, pues, afirmarse que la intervención de Rusia hizo algo más que precipitar la lucha, la provocó. Rusia fué también la que hizo correr los mayores peligros á Prusia: más de una vez estuvo en mano de los genera-

les rusos destruir al héroe prusiano. En el momento mismo en que la ruina de Federico parecía inevitable, Rusia se retiró de la alianza; hizo más, unió sus armas á las de Prusia. Este cambio de política salvó á Federico mucho más que su heroísmo. ¿Cuáles fueron las razones que decidieron á la zarina Isabel en pro de Maria Teresa? ¿Cómo explicar la conducta de los generales rusos, que á veces parecían respetar al enemigo que tenían misión de combatir? ¿Por qué Pedro III, desde su advenimiento, abandonó la alianza austriaca para hacerse aliado íntimo de Federico, cuando estaba en su mano contemplar su ruina? Rusia intervino en la guerra de los siete años sin sombra de razón. Cuando se retiró de la lucha, fué igualmente á consecuencia de un acontecimiento accidental, la muerte. No se trata, pues, ni de derecho, ni aun de interés político. Los antiguos lo hubieran atribuido á la fatalidad, al destino. Nosotros no creemos en el acaso ciego; vemos y adoramos la Providencia, aun en aquello que no comprendemos. Mirado bajo este punto de vista, el papel de Rusia en la guerra de los siete años es uno de los espectáculos más interesantes. Si los pueblos parecen en ella víctimas de los odios ó de predilecciones igualmente excesivas, por otra parte, la mano de Dios, que dirige su destino, nos reconcilia con nuestra suerte, dándonos la seguridad de un porvenir mejor.

Cuando Federico invadió la Sajonia, la emperatriz Isabel acababa de celebrar un tratado con la Inglaterra, por el cual se obligaba á suministrarle un cuerpo auxiliar de 55.000 hombres en caso de guerra, y principalmente si el Hanover se viese atacado. Federico, aliado de Inglaterra, debía contar con el apoyo de la Rusia. Pero la zarina, cambiando súbitamente de alianza, abandonó á los Ingleses y se unió á Maria Teresa contra el rey de Prusia. En vano se pregunta la razón política de este cambio. No había otro que el odio de Isabel á Federico. La zarina estaba encenagada en una vida crapulosa que no se tomaba el trabajo de ocultar. Federico tenía la manía del ingenio; sus picanterías no perdonaban á nadie, ni á las testas coronadas, ni á los que él llamaba sus amigos; no moderaba sus expresiones, llamando á la emperatriz ramera, como á la Pompadour prostituta (1). Este lenguaje poco diplomático fué conocido en

San Petersburgo gracias á Maria Teresa. De aquí la cólera implacable de la emperatriz. ¡Así pues, las galanterías públicas de Isabel, criticadas en Potsdam, precipitaron á Europa en una guerra de siete años!

El odio de la zarina se manifestó en los tratados que hizo con Maria Teresa. Se habla en ellos de Federico en términos que se dirían tomados de alguna citación judicial contra *Mandrin* y *Cartouche*. Isabel le acusa de ser el perturbador de la tranquilidad pública, de haber empezado una guerra injusta y de desolar á Alemania con sus crueles violencias, únicamente para satisfacer una ambición que no conocía límites ni leyes. Las dos emperatrices se proponen hacer entrar en razón al rey de Prusia. Esto quiere decir que los augustos aliados trataban de despojar á Federico de sus Estados. Es cierto que la zarina se vanagloriaba de su generosidad. Á darle crédito, intervino por puro sentimiento de justicia y de humanidad, para libertar á la Alemania del azote que la ensangrentaba. Pero los tratados nos manifiestan cuál era el precio de esa generosidad: era nada menos que el reino de Prusia; la emperatriz se reservaba cambiar la Prusia por una parte de Polonia. Se ve, pues, que no sin razón se quejó el duque de Choiseul de la codicia rusa (1).

Isabel murió en el momento en que Federico iba á ser aniquilado por sus enemigos. Su único aliado, la Inglaterra, le había abandonado; se hallaba sin recursos. La muerte de la zarina fué un golpe teatral. Apenas subió al trono, su sucesor Pedro III, mandó que se suspendiesen las hostilidades entre los ejércitos ruso y prusiano. Poco después se firmó la paz y se celebró una alianza estrecha entre el emperador de Rusia y el rey de Prusia; el ejército que había estado á punto de destruir á Federico recibió orden de unir sus banderas á las águilas de Prusia. ¿Preguntaremos cuáles fueron las razones que indujeron al czar á abrazar el partido de Federico? Eran exclusivamente personales, así como los motivos que habían hecho entrar á la zarina en la coalición contra el héroe prusiano. Ésta alimentaba un odio ciego contra el rey de Prusia. Pedro III profesaba al grande hombre una admiración igualmente ciega. Las pasiones

(1) THIEBAULT, *Recuerdos de Berlín*, t. IV, p. 250.

(1) El conde de GARDEN, *Hist. de los tratados*, t. IV, p. 380, 390.—FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. VI, p. 209.

en aquel desgraciado príncipe tenían algo de manía, aun en su parte laudable. En medio de los furros de la guerra de los siete años, el príncipe heredero de Rusia abrazaba el partido de Federico; decía, á quien quería oírle, que era imposible que los rusos venciesen al ejército prusiano. Hecho emperador, se puso la condecoración prusiana, y estaba orgulloso del grado de teniente general que Federico le concedió en reconocimiento de los talentos militares que el czar había manifestado en sus cartas. El czar no tenía más que un temor, que el rey le quitase su regimiento. Dijo al embajador de Prusia que estaba pronto á hacerle la guerra al infierno bajo las órdenes de su señor. (1). Federico II exaltó al emperador de Rusia, y en realidad hay algo de caballeresco en su conducta. Aun retirándose de la coalición, hubiera podido conservar el ducado de Prusia que ocupaba y que los tratados con el Austria le garantizaban. "Resultó, dice Federico, que Pedro tenía sentimientos más elevados que los que generalmente tienen los soberanos. El czar no exigió del rey ninguna cesión, aunque estuviese autorizado para hacerlo; apresuró la negociación de la paz, y no pidió en cambio más que la amistad del rey. Un procedimiento tan noble, tan generoso, tan poco común, no solamente debe ser transmitido á la posteridad, sino que debería grabarse en letras de oro en los gabinetes de todos los reyes." (2).

El culto que el czar Pedro profesaba por el héroe prusiano es, ciertamente, un sentimiento más laudable que el odio que le tenía la zarina Isabel. Pero si se dejan los príncipes á un lado para considerar los derechos y los intereses de los pueblos, lo mismo debía condenarse la prusomanía del uno que la prusofobia de la otra. No hay espectáculo más desconsolador que el de una nación entregada al capricho del poder absoluto. La monarquía ejerció una influencia funesta en la política, aun en los Estados civilizados en que el despotismo estaba suavizado por las costumbres. ¿Qué será en una corte bárbara en que los malos instintos no encontraban ningún freno? Sigamos por un instante las intrigas que se agitaban alrededor de la zarina Isabel. El canciller Bestuschew celebró la alianza

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. v, páginas 255, 258, 273.

(2) FEDERICO II, *Hist. de la guerra de los siete años*, c. xv (Obras, t. v, p. 1.6).

de Rusia con el Austria. Esto era faltar á los compromisos que acababa de contraer con Inglaterra. El embajador inglés se quejó; en una corte tan versátil, no desesperó de volver á recobrar su ascendiente. Tenía argumentos completamente irresistibles. Á las primeras ofertas que hizo al canciller, éste respondió que era algo tarde; pero, en fin, las guineas le tentaban, y no se negó. El embajador ofreció más; á medida que llegaban las guineas, aumentaba la pasión de Bestuschew por Federico: concluyó por exclamar que era completamente suyo. ¡Hé aquí una escena de las interioridades de los gobiernos despóticos! Esta brutal corrupción subleva el alma de disgusto. Hé aquí otra escena que, á lo menos, es más divertida. La zarina profesaba un odio furioso á Federico, pero se sabía que sus desórdenes acortaban su vida. Ahora bien, el príncipe heredero no disimulaba su predilección por el rey de Prusia. Grande era el compromiso de los ministros y de los generales: necesitaban servir al sol poniente y captarse los favores del sol nascente. La cosa era difícil; tanto valdría querer conciliar las tinieblas y la luz. ¡Pero los cortesanos tienen tanta habilidad y una conciencia tan complaciente! Aparentemente se conformaban á los impetus de Isabel; bajo cuerda, hubo una conspiración permanente en favor de Federico. ¿Podrá creerse que Pedro, hecho emperador, se vanaglorió de que, siendo príncipe heredero, comunicaba los planes de campaña de los Rusos al rey de Prusia tan pronto como eran acordados? Los ministros y los generales hacían lo mismo (1).

¿No parece esto una comedia de intriga? Desgraciadamente, la comedia tiene también su lado trágico. Los pueblos son las víctimas de las viles pasiones que reinan en las cortes. Hay que dejar á un lado á las emperatrices, ministros y generales, y escrutar los designios de Dios para reconciliarse con la suerte de la mísera humanidad. La guerra de los siete años estaba en la fuerza de las cosas; debía estallar antes ó después. Era imposible que el Austria, tan tenaz en sus proyectos, abandonase á Federico la Silesia, una provincia que equivalía á un reino, y con cuya posesión iba á hacer de la Prusia una gran potencia. Por otra parte, un

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. v, p. 132 y siguientes, 277, y *Documentos justificativos*, p. 225, 228.

pueblo no se eleva al primer rango sin lucha; es preciso el bautismo de las batallas para consagrar esas grandes existencias que deciden del género humano. ¿Era Prusia digna de ese papel? No bastaba para convertirse en un reino apoderarse en plena paz de la Silesia; no bastaba tampoco que Federico defendiese su conquista contra la heredera de los Hapsburgos, cuando tenía por aliados á Francia y al imperio. Era preciso que el héroe prusiano hiciese sus pruebas en una lucha suprema, y demostrase que la monarquía que acababa de crear con su espada había nacido viable, y que lo que la espada había fundado, la espada sabría conservarlo y defenderlo. Europa entera entra en liza contra el príncipe que pretende puesto en el consejo de los soberanos, como para probar si su poder estaba á la altura de su ambición. Pero si la coalición emplease todas las fuerzas de que dispone, la ruina del héroe prusiano sería inevitable. La Providencia vela para que haya por intervalos alguna tregua. Por una parte, la raza militar por excelencia se halla desmoralizada y entregada á generales ineptos que no saben conducirla á la victoria. Por otra, los generales rusos se contentan combatiendo con un valor digno de su nación; pero no se aprovechan de sus victorias; divididos entre sí, son, en apariencia, soldados de la coalición, y, en realidad, están por Federico. Sin embargo, después de siete años de luchas gigantestas, el rey de Prusia está á punto de sucumbir; entonces viene á auxiliarle un acontecimiento providencial, la muerte, que arrebató á Isabel y coloca en el trono de los czares á un admirador entusiasta del héroe prusiano. ¿No es verdad que Pedro parece ser un instrumento de la Providencia? Apenas goza de razón este desgraciado príncipe, y obra con una generosidad caballeresca que avergüenza á los demás soberanos. Proclama por una inspiración divina, que Federico ha luchado bastante, que merece el premio que se otorga al vencedor, y Prusia entra en el consejo de las grandes potencias.

La intervención de Rusia en esta lucha memorable presenta todavía otro interés. Es la primera vez que se mezcla activamente en los asuntos de Europa. El primer paso que dió fué un paso de gigante, y asustó hasta á sus aliados. La alianza íntima que unía á los Borbones y á Maria Teresa debía relacionar á Francia con Rusia, aliada igualmente íntima de la emperatriz-reina. Sin embargo,

cuando el duque de Choiseul supo en 170 que la zarina se había hecho ceder la Prusia por la corte de Viena, se asustó de esta ambición invasora. Las instrucciones que dió al embajador de Francia en San Petersburgo son como el grito de alarma lanzado por Europa á la vista del coloso del Norte. "Un país casi tan extenso como los Estados reunidos de los más grandes príncipes de Europa, y que, no teniendo necesidad más que de un pequeño número de hombres para su seguridad particular, puede tener fuera de sus fronteras ejércitos formidables; un país, cuyo comercio se extiende hasta la China; un país, cuyo gobierno es absoluto y casi despótico, debe con razón parecer temible á sus vecinos actuales y á los pueblos que lo serán á consecuencia de sus nuevas conquistas." El duque de Choiseul cree que el poder de los Rusos ha aumentado en un doble desde la muerte de Pedro el Grande. Si ahora desempeña ya un papel tan principal en la escena del mundo, ¿qué sucederá cuando haya hecho las nuevas adquisiciones que ambiciona? El ministro francés siente que la corte de Viena haya introducido ejércitos rusos en Alemania: "¡Quién sabe, exclama, si ella ó sus sucesores se arrepentirán algún día de haber recurrido á semejantes auxiliares!" (1). El grito de alarma del duque de Choiseul era profético. En el siglo XIX, un ministro francés ha comparado la Europa y la Rusia á la Grecia amenazada por el poder macedónico y debilitada por sus divisiones. Creemos que se exagera el peligro. Europa no está en decadencia como Grecia cuando Demóstenes la llamaba en vano á las armas contra los Bárbaros del Norte. Pero la inquietud que inspira el poder de la Rusia no deja de ser saludable. Mantiene en guardia las naciones contra la monarquía universal; las obliga á conservar sus fuerzas militares, que podrían inclinarse á abandonar, en una edad preocupada demasiado exclusivamente del comercio y de la industria. Es un gran bien, porque la virtud guerrera es la única garantía de la libertad de los pueblos: solamente cuando se perdiese se debería temer á los Bárbaros del Norte.

§ V.—La paz.

I

La guerra de los siete años fué una de las luchas más sangrientas de los tiempos modernos:

(1) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia*, t. vi, p. 211-213.